

y la lección sencilla está en tu sobrio transporte, en tu dinámica grandeza: en caminar y alzar nuestro sencillez valor entre la mies hasta los cielos.

La cosecha que es propia, perenniza. La ajena nos aumenta y nos impulsa sintiéndonos legales propietarios. Pero tú, carro, trémulo de espigas, más tierno por la ley de la cebada no importas por lo uno o por lo otro, sino porque en la cima transitoria de tu servicio vivo eres tan pleno, que llegas a lucir como un sol claro;

como mejilla tibia de cariño; como el cantar seguro que entreabre; como ese día glorioso tan maduro que extiende en su sentido nuestro pecho; como mi hermano el mar—¡yo no lo igualo! distante y preferido, que en sus eras azules siempre vive porque canta; como un vino precioso que llegara a trastornar la sien con su presencia.

III

EL CARRO DEL ESTIERCOL

Pero además, tu vuelta me interesa... Latido no hay que a su volver le falte capacidad para sentirse roto.

Ir solo no es vivir, si en el fracaso continuo, natural, se desespera.

Ahora, vas de estiércol ocupado, y no eres lodazal o cementerio, sino otra vida errante cuya muerte necesitase el campo un día posible.

Como si la basura al sol no fuera neutro final perdido para siempre, la acoges, la soportas, la perdonas. Seguro de que todo en todo puede buscar sin concluir su nueva aurora, llevas del pobre establo lo podrido, los restos bochornosos, despreciados, allí, donde al nacer el verde aliento fuerza serán del tallo y de las flores.

Sonámbulo, más grave, siempre firme, no se verá desprecio en tu manera; si ayer con trigo fuiste, hoy con estiércol igual, que el pecho al ser vive mil flores: tú, carro fiel, sin más me confesaste, no ser la calidad suprema causa sino necesidad de quien camina cosecha conlleva, bien espigada, o bien tan desigual como los restos.

Diversidad por tí reconvertida en menester, en música, en cosecha; restos, como decía, sin pujanza, por el amor quizá vigorizados... del asno, de la mula o del ternero, sólo la leche, digna cual la sangre corriente o remansada prometía, como si el fiemo fuese despreciable...

Entonces tú, en días que la vida supone melancólica un invierno te fuiste con estiércoles abyectos, flor de tu condición más desolada, a dar a lo que nace su riqueza, su calma desarrollo fascinante, su posibilidad inextinguible, porque lo que por vano se desprecia reunido puede ser vigor del fruto.

Te hiciste capitán de los rescoldos, refugio valedor de lo podrido, abrazo potencial de los hedores, y así, como consuelo de resúmenes de un triste patrimonio repugnante, enciendes en el caos de la basura la próxima esperanza de la forma, de la hoja que podrá cantar más verde porque lo que te agobia también vuela.

¿Qué habría del ardor de la semilla sin que en el surco tú depositases esta mullida hez de los establos? ¿Cómo serían esbeltas las especies, si en tí todo el fracaso que ahora me habla de lúgubre vagar, de desventura, no congregase el préstamo valioso que da olor a la rosa, norma al cardo y gracia indiscutible a la cebolla?

¿Podrían los estíos candeales logarte hasta el extremo que ayer vimos, si en tantas ocasiones tú no fueses aliviador del resto peregrino, que como un muerto joven continua su cálido destino malogrado, en todo lo que luego nos conmueve, como esos manantiales que valoran los líquidos caudales de los ríos?

La desventura inmensa del estiércol se puede transformar en la promesa de esa revolución que es lo naciente. Lo que alimenta y crece no concluye por más que a los corrales se relegue, pues claro está que el vientre no asimila toda cosecha, gloria, flor del mundo, sin olvidar esta posible vida que quiere ser en tí gracioso césped.

Eso se ve, cuando se ve opulenta tu parsimonia errante hacia los huertos. Eso se ve, cuando llevando estiércol deséas que tu aspecto no desmienta el rango apetecido de tu empeño, y cuando en el regazo desolado que tu naturaleza significa, ofrendas a los cielos tanta ruina, tanta ceniza viva, cual promesa.

¡Oh sí! También la muerte nos florece. También cuando cargados de residuos vivimos como tú, carro admirable, contamos en la marcha de los días. No hay por qué despreciar la baja angustia que cabe en las jornadas naturales. Mira como tú estimas lo que un día, barriéndolo el desprecio merecido, se dijo claramente queapestaba.

¿Es que tú hoy no eres el que otrora fué leal sostén del gozo de la tierra? ¿Es que tu gesto en marcha significa un desentendimiento atribulado?... Por todo lo contrario te celebro. Porque tu afán cargado se agiganta, se eleva mi canción a tu tarea. Porque sólo tú sabes que la siembra se inicia en los lugares corrompidos.

La flor huye del muerto que la nutre. La vida, de la muerte que la alienta. Del fiemo descompuesto, fermentado, se eleva, como arcángeles nutridos, todo lo que en la boda del estiércol con la semilla pura se origina, y antes, bastantes antes, cuando el carro confía a la basura en un destino, cierto contento vasto quiere alzarse.

¡Es la resurrección en nuestra vida! ¡Es como si muriendo se mintiese! Un carro de cadáveres no es siempre motivo de tristeza, ni el desprecio sudario suficiente para nada. Es preciso morir para dar fruto. Es necesario ser como tú eres para recompensar lo descompuesto, y amar, amar para que nada acabe.

En tí se hace principio lo marchito. En sendas como tú, lo innoble llega a rehacer su vida fecundando. Ayer pudiste ser recio castillo porque hoy en tu raíz, en esa muerte

gracias a tí por siempre redimida, disfrutas, sí, disfrutas comprendiendo que todo lo posible se parece al ciego, impuro estiércol que trasladas.

Barro, paja, residuos, todo vale. Dolor, tristeza, muerte, raíz de vida. Hasta en el aseo alienta tibio el vuelo y todo, todo, todo significa, ¡Salud a la miseria! ¡Salud, gloria para todos los hombres caídos, no libran de su carga su mensaje! ¡Salud para la herida que nos llaga! ¡Salud para los restos salvadores!

Un alma muerta muere, si está sola. Pero hay empresas que unen muertes vivas. El carro del estiércol nos anima. Y cuando en el amor nos encontramos, ¡salud para la muerte reunida!, ¡salud excepcional de la basura! En el seno del barro, la vileza se aventaja mientras marche confiado y nace lo que a Dios tiende, creándolo.

Nace en tu mansedumbre estercolada la raíz fundacional de lo que alienta; nace con ver que el carro os aprovecha efectos residuales de la tierra, la condición primera de la vida; nace aquella fragancia que en el trigo, el vino y el olivo justifican este deseo tuyo porque todo se muera en una entrega o beneficio.

Cualquier fertilidad recata su orden hasta que siembra y restos lo espabilan; sorda sería la tierra si a la hora de proclamar su auge no encontrara el tono, la virtud, ese principio que aquí en la encrucijada descompuesta, vencida en el corral y en el establo, se niega a perecer por miserable, por alicorto vuelo, por despojo.

Es luenga la distancia entre los restos y el cielo; grunde el mundo que tiene como límite el estiércol y la última quimera que es la gracia, pero tu amor constante, tu propósito de hacer ser lo que no es donde florezca, hace posible aquello que imposible cayó donde la mano no planta el ánimo venial de la caricia

Hasta allí llega el carro simplemente. Hasta en la nada encuentra raíz el fruto. Sólo un amor hecho naturaleza y una necesidad de amar sin límites viven en un contento suficiente, por el que yo no sé, carro gigante, si creerte realizado en tu ayer pleno o en esta penitencia residuaria, común como gran parte de la vida.

¡Salve, legión de restos despreciados! ¡Salve, residuos, rutas hoy vencidas! ¡Salve, comunidad desamparada! La dicha, la verdad, la gloria quieren estiércol angustiado, corrompido. Y no hay fiesta en el hombre o en la vida si la vida y el hombre, como carros, no salvan jubilosos diariamente la gran fertilidad de su tiniebla.

Buenos Aires, Rep. Argentina, 1952.

X

Señas del autor:
Lavalle 376, Piso 12, Letra C.
Bs. Aires. Rep. Argentina.